

PREMIO DE NARRATIVA CIUTAT DE VILA-REAL 2017

SENECTUS

GONZALO CALCEDO



UNARIA
EDICIONES

The logo for UNARIA EDICIONES features the word "UNARIA" in a stylized, bold, sans-serif font. Above the letters "A", "R", and "I" are several stars of varying sizes, arranged in a semi-circular pattern. Below "UNARIA" is the word "EDICIONES" in a smaller, simpler sans-serif font, with a small black circle between the "I" and "N".

Esta obra ha obtenido el Premio de Narrativa Ciutat de Vila-real 2017 otorgado por el Ilustrísimo Ayuntamiento de Vila-real. Con un jurado formado por: Vicente Marco Aguilar, Francisco Fernández Beltrán, Imma Pitarch Piquer, Eric Gras Cruz y Amelia Díaz Benlliure.

Primera edición: febrero 2018

Textos

Gonzalo Calcedo

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-947109-7-1

Depósito legal

CS 96-2018

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*Para C.P.R., por su amistad marina y su feliz
trato con simas y otras oscuridades*

SENECTUS

GONZALO CALCEDO

«...aquel ser vil estaba decidido a permanecer y esperar».
Henry James

CAPÍTULO I

La sofocada irrupción de Camila en mitad del funeral desposeyó de toda relevancia al muerto. Apenas serían una docena los congregados —octogenarios en su mayoría— y sus cabezas se giraron hacia la recién llegada como herrumbrosas veletas. Camila, enfermera diplomada en gerontología, no pudo disimular su preocupación por el destino de su equipaje; el taxista se había desembarazado de ella y sus tres maletas con llamativa celeridad, sin hacer distingos entre su persona y los bultos. Ya repuesta trató de encajar en el luto general encogiéndose y bajando la mirada. A nadie parecía importarle que hubiese viajado toda la noche en un tren mixto, parco en pasajeros. El sacerdote —sin sotana ni demasiada observancia de la liturgia— carraspeó irritado antes de pasar por alto aquella interrupción. Era temprano, una mañana de primeros de mayo. A ras de suelo, los harapos de la noche todavía se enredaban en los arbustos del desmesurado jardín. Sobre la vertical del asilo, un claro pugnaba por imponer el criterio del sol. Sacrificadas nubes se turnaban en rellenarlo, sucediéndose los claroscuros. De reojo, entre oleadas de po-

len, Camila fue juntando imágenes con las que componer el escenario de su nuevo empleo. Lo había aceptado sin pensarlo demasiado, harta de horarios y sustituciones a degüello en el hospital central de la ciudad, un trébol de edificios unidos por el subterráneo de los quirófanos. En medio de aquella naturaleza goteante por el rocío y a pesar de la muerte y su finiquito, tuvo la placentera sensación de que el tiempo se había detenido. Se abandonó a aquella paz con un suspiro de alivio, más la consecución de una meta que una muestra de asentimiento y respeto por los designios del creador.

Un segundo carraspeo del orador —claramente dirigido a su persona— recriminó su distracción. Retomó, agotada por el vapuleo de las vías, el fingimiento. Había cumplido los cuarenta y aunque cierta lozanía pervivía en ella, aceptó echarse años encima, no maquillarse en el inmediato futuro y recatar aún más si cabe sus modales. No encontraría ningún pretendiente entre aquellos ancianos pertrechados con muletas y andadores, aunque algunos, erguidos como tercas cucañas, parecían rememorar pasadas altanerías. Olía a campo arado, a la tierra revuelta de la fosa. Contempló el tosco ataúd —un cajón de tablones de andamio claveteados con un confeti de puntas brillantes— y pensó en el muerto: sin familiares ni amigos, viviendo y muriendo de la caridad. Pronto estaría cuidando a sus semejantes y muchos, inevitablemente, también dirían adiós. Estaba acostumbrada. Veinte años de profesión habían desnudado miserias suficientes a su alrededor.

Cambió de postura sin saber qué hacer con sus manos; acostumbrada a la enemistad de los guantes de látex, no llevaba ningún anillo; sí lucía la herencia de unos clásicos pendientes de perla. Su pecho había dejado de oscilar como un fuelle acelerado; le hacían daño los zapatos, pero descalzarse en aquel momento habría estado tan fuera de lugar como la repentina actitud de varios ancianos, recelosos hasta del cam-

bio de rama de un pájaro. Camila se limitó a suspirar con un pesar que hizo, de nuevo, mirar a algunos.

—Hemos terminado —advirtió la voz de antes, ya sin solemnidad alguna, como si despachara un traslado de muebles.

Dos hombretones que se habían mantenido en segundo plano entraron en escena con sendos cigarrillos en los labios. Empleados corrientes, pensó Camila. El personal de mantenimiento era igual de palurdo en todas partes. Despreocupados, manipularon con sogas la caja. A una chanza sobre el peso del difunto siguió otra, luego una cascada que no suscitó reprimenda alguna. Hicieron descender el ataúd hacia la negrura de lombrices y blancas raicillas. Los viejos pesaban poco, reconoció Camila sin celebrar aquel buen humor. Sus cuerpos se amojamaban con la edad y los huesos se convertían en piedra pómez. Ella misma podría haber completado la faena. La fosa pecaba de justa y los cantos del ataúd arañaron sus blandas paredes. Todos se asomaron al falso abismo para lanzar un “oh” motivado porque el artefacto no descendiese más.

—Ya dije que era poco profunda —criticó el orador comprobando que la tapa quedaba a flor de tierra.

—Podemos sacar el ataúd y coger las palas. Será un minuto —dijo el operario que llevaba la voz cantante, quizás para que Camila empezase a reconocer la jerarquía del asilo.

—No hay tiempo para eso. Empiezan los desayunos.

Cogieron las palas, sí, pero para rellenar la fosa tal como estaba. Camila escuchó la caída de las paletadas, las primeras con ritmo y vigor, las siguientes desganadas, distanciadas unas de otras. La madera virgen fue ocultándose bajo aquellos terrones sin desmenuzar. Amanecía con ímpetu primaveral sobre un camposanto sin cruces ni lápidas, más una huerta removida que un lugar sagrado, y en instantes los asistentes se retiraron. La enfermera observó cómo se diseminaban por

los senderos de grava en pos del aburrimiento diario o sus quehaceres; un grupo de cinco ancianos se juntó preguntando por las galletas y el oficiante del acto batió palmas para que se pusiesen en fila. Se los llevó de allí como un flautista de Hamelín, usando su silbido como instrumento. Únicamente los dos operarios y un hombrecillo extraño, hasta entonces oculto, permanecieron allí. Ellos para concluir la faena, él como emocionado. Camila reparó entonces en la vestimenta del sentimental allegado: un pantalón tirolés chocante, que dejaba al aire unas piernas escuálidas disimuladas por unos calcetines con ligas de colores. Las descarnadas rodillas hubieran podido ilustrar una clase de anatomía. El gorro que el individuo tenía entre las manos voló hasta su cabeza, donde quedó encajado a su gusto; la plumilla de adorno osciló prendida a la cinta de cuero decorada con adornos tallados en asta de ciervo, que se repetían en el peto. El resto de su fisonomía era igual de flaca, con una nuez bailarina que parecía atrapada a su pesar en el cuello de rapaz.

—Lamento haberme presentado así, en mitad de la ceremonia —dijo Camila tratando de disculparse.

El hombrecillo, altivo de repente, criticó la tardanza de los dos hombres en despachar la sepultura y, como el anterior, batió palmas para acelerar los trabajos. A continuación se encaró con Camila.

—La esperábamos ayer, pero a mí no me incumben los motivos de su retraso. Supongo que tendrá que presentarse al director Grog.

—Por supuesto. Tengo mis cartas de recomendación y charlamos antes por teléfono en varias ocasiones. Me pareció un hombre muy...

El anciano vestido de tirolés dio un respingo que acabó con las explicaciones de Camila y se alejó. El operario con ín-

fulas clavó la pala en la tierra. Apoyó las manos en el mango para disfrutar del desplante.

—Va a revisar sus trampas. No espere que le dedique un minuto más

—¿Trampas?

—Lazos y cepos, artilugios así. Es cazador. También lanza redes al riachuelo. No se asuste si se encuentra con la mitad de una rana por ahí.

—Solo nos comemos las ancas —apuntó el otro—. Rebozadas. Astrid reboza muy bien las ancas de rana.

Camila se percató de su regocijo y su pobre conversación; de pronto el tránsito del fallecido hacia el otro mundo había dejado de importar y se sintió incómoda: ni siquiera habían terminado de cubrir la caja, una de cuyas esquinas asomaba como un baúl flotando entre dos aguas.

—Iré a ver al director Grog inmediatamente —anunció refugiándose en su inédita autoridad sobre los destinos del asilo—. Háganse cargo de mi equipaje.

Y tomó el sendero principal sintiendo en sus pantorrillas, como picaduras de avispa, la mirada de los dos hombretones.